

EL COLEGIO CLARETIANO DE ARGEL

1873-1885

Vicente Sanz cmf

El día 8 de octubre de 1869 llegaban desde Thuir, en Francia, a Argel los primeros misioneros claretianos, encabezados por el P. Pedro Alibés. Les esperaba el P. José Xifré, que, por fin, había aceptado la insistente invitación del Arzobispo, Carlos Lavigerie. Su cometido fundamental iba a ser la atención espiritual de los numerosísimos españoles establecidos en Argel y alrededores, incluida la diócesis de Orán. A pesar de ser colonia francesa los españoles superaban en número a los mismos franceses. Se calculaban unos 20.000 españoles sólo en la capital y hasta 80.000, según la opinión del P. Xifré, en todo el territorio. Fundamentalmente eran de origen valenciano, alicantino y balear. El sostenimiento económico de la fundación, una vez fracasadas las negociaciones con el Gobierno español, tras el destronamiento de la reina Isabel II, iba a recaer sobre la emperatriz de Francia, la española Eugenia de Montijo, la cual se comprometió con Mons. Lavigerie a subvencionar a la comunidad claretiana con 6.000 francos anuales.

Desde su casa, a las afueras de la ciudad, pronto comenzaron los misioneros a desarrollar su trabajo, el cual se veía reducido a celebrar algunas misas para españoles en la catedral y otras dos parroquias ajenas. Así que pronto comenzaron a extender su celo a otras actividades más en consonancia con su talante, particularmente las misiones, tanto en castellano como en catalán. A través de esta actividad fue como comprendieron la situación de abandono en que se encontraban los españoles en esta colonia francesa.

No es este el lugar para comentar las enormes dificultades que acompañaron a los misioneros en aquellos años: condiciones físicas, desafección de los párrocos franceses, inactividad a la que se veían obligados, problemas con el mismo Arzobispo. A lo que hay que añadir la difícil situación en un medio religioso musulmán. Esto obligó a los misioneros a buscar otras alternativas en su trabajo, aunque siempre bajo la amenaza del férreo control diocesano.

Estando así las cosas, en enero de 1870 llegaba destinado a Argel el P. Hilario Brossosa, que sería el promotor en poco tiempo de muchas iniciativas, entre otras las que tenían a los niños y jóvenes como protagonistas. Pero las dificultades con los sacerdotes franceses siempre acababan apareciendo, hasta tener que optar los misioneros por dar las catequesis y clases de lectura en el campo abierto.

La caída de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia de Montijo fueron ocasión para que las circunstancias evolucionaran favorablemente, ya que el cardenal Lavigerie consiguió que Amadeo de Saboya y la República que le sucedió en España se hicieran cargo de la subvención a los misioneros claretianos, al tiempo que se restablecían las buenas relaciones con el Cónsul español en Argel. Fue entonces cuando *“con ánimo de restablecer el sentimiento español en la colonia francesa”* los misioneros solicitaron tres cosas: *“una iglesia en medio de la ciudad, una escuela para niños que dirigirían los misioneros y una escuela para niñas que dirigirían las Religiosas españolas”*. A primeros de enero de 1872 Mons. Lavigerie escribía al P. Alibés invitándole a alquilar una nueva casa más céntrica, con iglesia para españoles y con independencia de los sacerdotes franceses, además de concederles la

posibilidad de dar misiones y asegurándoles también el apoyo económico para el futuro. En mayo de ese año llegaba el P. Xifré a Argel y aceptaba las condiciones, mandando ya a los misioneros quitarse la barba y sustituir el traje eclesiástico francés por el español.

El 2 de julio de 1872 se trasladaban a la nueva casa, acomodando los bajos para iglesia. E inmediatamente, y con el beneplácito del P. General, comenzaron a pensar en la enseñanza con el fin de atraerse a los niños y formar a la juventud, siempre reacia al impresionante y silencioso ambiente de los templos. La idea gustó al Arzobispo, que pensó en habilitar para ello locales en su propio palacio o en la misma sala capitular. Pero pronto se alquilaron locales propios, situados entre la calle Lyria y Rondon, a 100 pasos de la casa. Se erigió como escuela pública y gratuita, y se puso al frente al P. Brossosa. Las obras de acomodación se terminaron en septiembre de 1873. Como las circunstancias de aquellos años impedía la actividad de los misioneros en España el P. Xifré continuó enviando misioneros a Argel, lo cual dio posibilidad para dedicar a algunos de ellos a la educación, de tal modo que mientras el P. Brossosa, con el P. Lorenzo Arbussá, se encargaba de los mayores en la escuela alquilada, el P. José Maciá lo hacía de los párvulos en una sala del bajo de la casa de los misioneros. Entre las dos sumaban unos 30 niños.

Esta escuela les dio, además de satisfacciones, considerables problemas. Fue un caso en particular el que propició la ocasión a los diarios para burlarse de ella. Voces de personas que no deseaban se tuviera esta actividad comenzaron a decir que habían visto un demonio en la escuela. Y bastó esta chispa, cuenta el P. Brossosa, *“para reunirse allí una multitud de moros, judíos, franceses, hombres, mujeres, etc. que se llenó la calle y todas sus avenidas, de modo que apenas pudieron penetrar hasta la puerta los policías; fue el Padre, les abrió la puerta, entraron los policías y la multitud, y el demonio ya había salido por alguna rendija; pero el caso fue que, cuando volvió a estar cerrada la puerta y salida de allí la policía, destrozaron la puerta, y mandé sacar lo que teníamos en la escuela, y dispuse que, toda vez que ya nos halláramos en tiempo de vacaciones, las empezáramos; y dejamos dicho local”*. A partir de aquel momento la escuela se estableció en la misma casa de los misioneros hasta febrero de 1878, en que se trasladó a un local alquilado frente a la casa.

A fin de evitar más problemas se solicitó permiso al Ministerio de la Instrucción Pública de París para tener una escuela para españoles, el cual se concedía a últimos de agosto de 1878. Todavía antes de abrir la nueva escuela, el periódico *La Solidarité* publicaba un artículo insultante contra la escuela titulado: *“Los jesuitas españoles en Argel”*, en el que atacaba a todos los religiosos, pero especialmente a los claretianos, al tiempo que pedía que no se les permitiera abrir la escuela y que se les cerrara la casa, obligándoles incluso a volver a España. Pero aquellos intentos no sólo resultaron fallidos, sino que poco después se abría una escuela nocturna para adultos, a la que asistían regularmente unos 20 alumnos.

El trabajo del Colegio, en el que se sucedieron varios directores, entre ellos los PP. Valentín Solá y Jaime Pinosa, se prolongó hasta 1885, en que el Gobierno francés, aplicando las leyes laicas que prohibían la enseñanza a las órdenes religiosas, obligó a cerrar la escuela.

A partir de ese año se agravó también la situación de los misioneros al empeorar las condiciones y aumentar las limitaciones impuestas por el Sr. Arzobispo, hasta el punto de que tres años después, el 17 de julio de 1888, el P. Xifré decidía abandonar la fundación. En una carta del Procurador de la Congregación, P. José Mata, al Ministerio de Estado se dan las

razones fundamentales: situación de las diferentes viviendas que habían ido ocupando “*alquiladas, antihigiénicas, ofensivas y anticanónicas*”, sin capilla o con una provisional, prohibición de la enseñanza y siempre bajo la acusación velada de fomentar la emigración española y de provocar conflictos internacionales.

Posteriormente, con el cambio de arzobispo, hubo nuevos intentos para hacer volver de nuevo allí a los misioneros claretianos, el último en 1927, pero ya la situación de la Congregación había cambiado en España y otras urgencias misioneras se anteponían a la recuperación del antiguo proyecto de Argel.

Ésta fue la primera fundación en África, aún en vida del P. Fundador, y también uno de los primeros intentos de llevar a cabo el proyecto misionero claretiano por medio de la educación. Un buen ejemplo de sabiduría a la hora de discernir los medios en una situación adversa y de valentía para desarrollar iniciativas con tal de conseguir el fin de toda comunidad claretiana: el servicio de la Palabra.